
La memoria no es “cosa del pasado”. Los retos de la memoria en Colombia desde una perspectiva filosófica

Ana María Rabe

Abstract: The dissociation that we use to establish between present and past, as well as between experience and remembrance, leads to major dilemmas for those who try to make memory. This article reveals the implications and limitations of the assumption that memory “starts” when a chapter of history has been “closed”. In contrast to this view, and by means of Walter Benjamin’s concept of “remembrance” (*Eingedenken*), we will present the conception of a productive, critical, and dynamic memory, where times will coalesce and be inverted. The challenge with which Colombia has to confront itself results precisely from this premise: memory is not a “matter of the past”, since the past is not dissociated from the present.

Keywords: memory, remembrance, remembrance and experience, confluence of times, Walter Benjamin, Colombia.

1. La noción de la memoria como “mirada hacia atrás”¹

Una semana después de que se firmara el 26 de septiembre de 2016 en Cartagena de Indias la primera versión de los Acuerdos de Paz entre el Gobierno de Colombia y las FARC-EP, apareció en la revista colombiana *Semana* un artículo del columnista León Valencia titulado “La derrota”, que termina con las siguientes palabras:

Está cayendo el telón de la guerra y empezará la disputa por la historia, por la memoria. Ahora serán los relatos. Espero que los años vayan tejiendo una visión del fracaso. Algo parecido a la derrota que se ve y se siente en las imágenes de la Segunda Guerra Mundial en la Europa devastada. Para que las generaciones venideras se miren todos los días en el espejo roto de este desastre y no se atrevan a levantar las armas y a cantar de nuevo himnos de guerra. (Valencia 2016, 68).

El problema central del que se ocupa este artículo es la pregunta por la manera en la que trabaja una memoria abierta, productiva y crítica, y en concreto, por lo que muestra al respecto el caso de Colombia. Para discutirlo conviene considerar primero la noción común que se tiene de la memoria como una “mirada hacia atrás”, es decir, como algo que se relaciona con el pasado. Visto de cerca, el artículo de Valencia contiene una visión que está acorde con esta noción. La afirmación de que está “cayendo el telón de la guerra” y al mismo tiempo comenzando la “disputa de la memoria” se asocia directamente con otra metáfora: la del cierre de un capítulo de la historia. Lo que sugiere esta metáfora es la idea de que en un país o en

varios países se ha producido una situación nueva con condiciones políticas, sociales, económicas y existenciales diferentes, de manera que la situación anterior pasa a formar parte de un pasado que en adelante tendrá que ser tratado y trabajado por la memoria, una memoria que mira “hacia atrás”. Valencia da a entender que Colombia se encuentra en esta situación y la compara con el momento histórico hace 71 años, cuando un periodo oscuro de la historia alemana llegó a su fin con la derrota del nacionalsocialismo. Según el autor, esta derrota “se ve y se siente en las imágenes de la Segunda Guerra Mundial en la Europa devastada”. Al comentar que en Colombia se irá “tejiendo” con los años una “visión del fracaso” como la que muestran aquellas imágenes, el columnista insinúa que el trabajo de la memoria se desarrolla una vez que se haya cerrado el capítulo de la guerra.

Por lo general, la así llamada “cultura de la memoria”, esto es, la suma de iniciativas que se producen dentro de una cultura para mantener viva la memoria, se concibe como algo que apunta “hacia atrás”. En este sentido comprende formas, acciones, imágenes y lugares diferentes, que intentan dar cuenta de un acontecimiento o episodio del pasado. Si han transcurrido ya muchos años desde que pasó el acontecimiento o periodo histórico, la cultura que intenta guardar la memoria puede tener su propia historia. Esto ha ocurrido, por ejemplo, con la cultura de la memoria que se refiere a la época del nacionalsocialismo y que comprende una cantidad de iniciativas diferentes que se han ido formando y modificando con los años. Aquella cultura naturalmente no sería la misma, si no se hubiera producido la capitulación incondicional de las tropas alemanas el 7 de mayo de 1945 y si no se hubiera ratificado la misma al día siguiente, lo cual hizo que dejara de existir el Estado nacionalsocialista con su racismo, sus pretensiones de dominación mundial y sus múltiples brazos, instrumentos y mecanismos de violencia, agresión y exterminio. Sin la derrota de los nazis habría surgido una visión del pasado muy distinta y habrían salido unas producciones conmemorativas del todo diferentes. No resulta, desde luego, nada alentador imaginarse cómo habrían sido las representaciones de la victoria ni sus implicaciones. Afortunadamente esto no ha ocurrido y podemos ver, como lo insinúa Valencia, cómo se ha ido “tejiendo una visión del fracaso” en las décadas posteriores a la derrota del nacionalsocialismo. Aunque dicha visión contiene imágenes y relatos terribles, por lo general no trata de camuflar y distorsionar –al menos conscientemente– lo que pasó en función de unos determinados intereses. In-

tenta, más bien, dar cuenta con distintos medios y de diferentes maneras de lo que pasó para hacer justicia a las vidas, los ideales y sueños que se mataron. Trata de mostrar las consecuencias devastadoras que tiene la sed de supremacía y poder, de enseñar a reconocer actos y eventos que indican injusticia, intolerancia y violencia, y finalmente, de contribuir al desarrollo de una actitud atenta y de un espíritu crítico.

Desde luego, la visión de la época nacionalsocialista se ha extendido y diversificado mucho en Alemania en las últimas seis décadas, de manera que la correspondiente cultura de la memoria tiene una historia que no es ni lineal ni única ni homogénea. No lo ha sido en las décadas pasadas ni lo es en el presente, pues tiene una historia e identidad múltiple, heterogénea tanto desde el punto de vista de sus enfoques, discursos, medios y objetivos, como desde la perspectiva temporal, puesto que no se ha desarrollado de manera sucesiva y continua, sino más bien con múltiples discontinuidades.

A la importancia de este trabajo plural de verdadera y constante búsqueda, una labor que está ligada al deber de la memoria, aludió el 8 de mayo de 1985 el entonces Presidente Federal de Alemania, Richard von Weizsäcker, en su famoso discurso con motivo del 40 aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial en Europa. En dicho discurso recordó y advirtió lo siguiente:

El 8 de mayo es para nosotros sobre todo un día de recuerdo de todo lo que tuvieron que padecer seres humanos. Es al mismo tiempo un día de reflexión sobre el curso de nuestra historia. Cuanto más honestamente lo celebremos, tanto más libre seremos de confrontarnos de manera responsable con sus consecuencias. [...] El 8 de mayo es un día del recuerdo. Recordar significa conmemorar un suceso de manera tan honesta y pura que se convierte en una parte de nuestro propio ser íntimo. Esto pone muchas exigencias a nuestra veracidad. (Weizsäcker 1985, la traducción es mía).

En otro momento de su discurso, Weizsäcker se refiere a los inicios de una cultura de la memoria en Alemania, que tenía que confrontarse con el desastroso pasado del régimen nacionalsocialista y la Segunda Guerra Mundial. En este contexto, el antiguo Presidente Federal afirma que “la mirada se dirigía hacia atrás a un abismo oscuro del pasado y hacia adelante a un futuro oscuro incierto” (Weizsäcker, 1985).

¿Qué implica la noción de la memoria como “mirada hacia atrás”? ¿Qué impacto tiene sobre la manera en la que se entiende el pasado, el presente y el futuro? ¿De qué forma afecta esta noción la idea de la función y de las posibilidades que se atribuyen al trabajo de la memoria?

2. Confluencia e inversión de tiempos: más allá de la distancia entre presente y pasado

Por lo general se piensa que la memoria empieza cuando un acontecimiento, un episodio o un periodo se convierten en historia, una historia que puede ser relatada y narrada, pero que ya no se vive más como lo que fue un día. Pues se supone que pasa a la historia no sólo el acontecimiento o episodio, sino también la experiencia, la cual es concebida como algo que sólo se da en el presente. El pasado del acontecimiento o episodio se llevaría, por tanto, la ex-

periencia. ¿No queda entonces nada de ésta? Se dirá que como experiencia de un determinado acontecimiento o episodio, que ha llegado a su fin, deja de ser lo que era. Pero seguramente nadie se atrevería a decir que desaparece todo. Se presupone que “algo” permanece. Lo que perdura y reemplaza la experiencia, según esta visión, es el recuerdo que puede ser involuntario o voluntario. El último es entendido como una fuerza que intenta sobreponerse al olvido y rescatar o representar de alguna manera la experiencia pasada. En este sentido, la memoria es concebida como fuente de imágenes y relatos que supuestamente dan fe de la historia. Desde esta perspectiva, se puede entender lo que afirma Valencia en su columna: que al caer el telón y cerrarse un capítulo de la historia empieza la “disputa por la historia, por la memoria”, la cual se manifiesta pronto en la producción de múltiples relatos, visiones e imágenes diferentes del pasado.

Es necesario contemplar más de cerca esta concepción de memoria y preguntar por los presupuestos implícitos de los que parte. En términos generales podemos constatar que se basa en distinciones y separaciones claras: diferencia de manera ostensible entre presente y pasado, entre acontecimientos o episodios actuales y aquellos que han pasado a la historia. Al estar separados presente y pasado, la experiencia, que se asocia con la actualidad, se encuentra distante del recuerdo y olvido que se vinculan con el pasado. Así, el hecho de que los relatos y las imágenes de la historia sean productos del recuerdo voluntario hace que estén disociados de la experiencia que un día fue “actual”. Esto es así por mucho que la memoria quiera rescatar, esto es, “recordar” la experiencia. Pero recordar no es vivir la experiencia directamente. En la visión que estamos presentando, el recuerdo está ligado a *otro* tiempo, por lo que apunta a una dirección contraria que la experiencia: mientras el recuerdo intenta traer al presente un pasado en el que presume la experiencia, la experiencia no se puede desvincular del momento presente en el que ocurre, el cual, sin embargo, se retrae al pasado. De esta manera, el recuerdo está enfocado en el pasado, pero no puede desvincularse del presente, mientras que la experiencia es lo que es gracias al presente vivido, pero no puede desprenderse del pasado que continuamente la engulle. Así, el recuerdo no podrá alcanzar nunca la experiencia que quiere recordar, pues *ya no* es el momento –el presente– en el que se vivió la experiencia.

Toda cultura de la memoria que parte de la concepción esbozada y que se refiere a un episodio o evento del pasado se encuentra con grandes dificultades. Al dirigir la atención a un “capítulo” de la historia que ya pasó, la mayoría de sus iniciativas se esfuerzan por mantener vivo el recuerdo de algo que se olvidaría sin el sostén de la cultura. El problema de este esfuerzo por conservar y actualizar el recuerdo es que, al partir de una separación entre presente y pasado, tiene que encontrar vías para “superar” o “disminuir” la distancia entre los dos. Esta “distancia” entre presente y pasado, sin embargo, no se va a superar nunca, ni del todo ni de manera gradual, a no ser que desaparezca como tal. Pero para que esto sea posible hay que abandonar la premisa de la separación de los tiempos y presuponer una idea temporal diferente.

A partir de la separación entre presente y pasado, así como entre experiencia y recuerdo, surgen grandes dilemas para quien quiera “hacer memoria”, sea un individuo

o un colectivo, una persona o una institución. ¿Pero qué ocurriría si esta distinción no fuera tan clara, si la barrera entre presente y pasado, así como entre experiencia y recuerdo, fuera borrosa? ¿Qué visión se nos abriría si la memoria no fuera algo que concierne sólo al pasado, esto es, si su enfoque no fuera únicamente retrospectivo, sino igualmente productivo y prospectivo? Quien quiera hacer memoria en este sentido debe considerar el triple enfoque que apunta tanto al pasado, como al presente y también al futuro.

La situación actual de Colombia muestra con toda claridad que la idea de la separación de los tiempos es insostenible. El reto al que se tiene que enfrentar la memoria en este país surge precisamente de esta premisa: la memoria no es “cosa del pasado”, puesto que el pasado no está disociado del presente. El *Museo Casa de la Memoria* en Medellín puede servir como ejemplo. A su creación en 2011 precedió el año anterior una consulta a la población para saber qué pensaba y esperaba de la “casa” de la memoria que se estaba planeando. El punto central del debate que se generó a partir de la consulta era precisamente el hecho de que no se podía mirar sólo “hacia atrás”. Efectivamente, ¿cómo era posible hacer memoria, si el conflicto armado todavía no había pasado? La lucha armada entre el Estado, el ejército, la guerrilla y las bandas criminales no había cesado; y no ha cesado hasta el día de hoy. El reto que supone esta situación para un museo cuyo objetivo es incentivar el trabajo de la memoria queda evidente en las memorias del año 2015 publicadas por el *Museo Casa de la Memoria*, donde se resalta el desafío de la siguiente manera:

A diferencia de otros museos de memoria en el mundo, preocupados por encontrar formas de sanar la relación de un país con su pasado de guerra o de dictadura, el Museo Casa de la Memoria se ocupa de la memoria de un conflicto aún vivo. Es decir, de la memoria de un presente conflicto, arraigado en el pasado tenso de un país poco cohesionado como nación, y en la antesala de un futuro que, se espera, será diferente y esperanzador, dadas las perspectivas de reconciliación que se abren. (Museo Casa de la Memoria 2015, 8).

La pregunta por la historia y por la memoria no comienza en un determinado momento, porque la historia, que está ligada al presente continuo, no se cierra en ningún momento. La memoria, por su lado, trabaja siempre; y lo hace de múltiples formas. La importancia de respetar la pluralidad de las maneras de recordar con sus correspondientes historias del conflicto armado colombiano es algo en lo que hacen bastante hincapié las instituciones y los centros oficiales de la memoria en Colombia. Pero esto no significa que se debe contar simplemente una multiplicidad de historias. La memoria no sólo debe abrirse a una pluralidad de perspectivas y narraciones, sino que debe integrar también el esfuerzo de identificar y resaltar en qué sentido éstas están conectadas entre sí. Las historias que sucedieron, que suceden y que se narran están relacionadas las unas con las otras, y estas conexiones, que son tan importantes como las historias mismas, atraviesan también el tiempo, de manera que las historias del presente están vinculadas con las del pasado y con las del futuro. La situación colombiana actual, en la que la memoria no puede mirar solo hacia atrás, sino que debe reconocer la-

zos y semejanzas entre historias para estar alerta a lo que pasa y lo que puede pasar, muestra algo que ha sido tematizado desde hace siglos por filósofos que han reflexionado sobre el tiempo: Desde Agustín de Hipona hasta Henri Bergson y Walter Benjamin aparece el mismo énfasis en el tiempo que es *uno*, con y a pesar de los tiempos que solemos diferenciar. Vivimos siempre en el presente –que es también y al mismo tiempo presente-pasado y presente-futuro, como decía Agustín, un presente que dura y perdura, como diría Bergson, y que despliega toda su plenitud cuando se produce una verdadera experiencia, la cual para Benjamin abre y une espacios y tiempos distantes y conlleva la memoria –una memoria divinadora. Si nos quedamos un momento con la visión que ofrece Benjamin, vemos cómo el filósofo alemán invierte la idea común de la memoria como “mirada hacia atrás”, esto es, como una “cosa del pasado”.

En su famosa interpretación del dibujo *Angelus Novus* del artista Paul Klee, Benjamin caracteriza la figura representada, de ojos abiertos y bracitos alzados, como un “ángel de la historia” que está presenciando la acumulación de escombros que van quedando en la historia. Si nos fijamos en la manera en la que Benjamin describe la situación del ángel en su escrito *Sobre el concepto de historia*, nos percatamos de que ya no nos podemos atener a la idea que solemos tener de la linealidad unidireccional del tiempo. En la imaginación cotidiana, la mirada se vuelve hacia atrás cuando se dirige al pasado. Benjamin da la vuelta completa a esta imagen invirtiendo y llevando al absurdo la idea de que “delante” se encuentra el futuro y “detrás” el pasado, quedando entremedio el presente, en algún lugar no identificable ni localizable. El “ángel de la historia” no se vuelve hacia atrás para ver el pasado; el texto en alemán dice: “Er hat das Antlitz der Vergangenheit zugewendet”, que significa: “Ha dirigido su mirada hacia el pasado”. El prefijo “zu” del verbo alemán “zuwenden” tiene el sentido de señalar hacia adelante. Es importante resaltar este punto, puesto que “zuwenden” suele traducirse al castellano como “volverse hacia”, lo cual da pie a que se infiltre, con el verbo “volver”, precisamente el sentido contrario al que apunta la cita. Si Benjamin hubiera querido decir que el ángel se ha vuelto hacia atrás, habría utilizado el verbo “zurückwenden”, cuyo prefijo “zurück” significa “atrás”. El sentido que apunta hacia adelante se mantiene en la siguiente frase en la que Benjamin distingue entre lo que ve el ángel y aquello que aparece “ante nosotros” (*vor uns*). “Allí donde aparece una cadena de acontecimientos ante nosotros, él ve una sola catástrofe que amontona incesantemente escombros sobre escombros lanzándoselos delante de sus pies [*vor die Füße*]” (Benjamin 1991, “Über den Begriff...”, 697, la traducción es mía)

En la imagen que Benjamin presenta se concede todo protagonismo al presente, un presente que tiene enfrente un pasado que va creciendo y decayendo continuamente, lo cual implica, a su vez, un constante devenir y desvanecer. ¡Cuántas vueltas da la imagen! El ángel quiere parar el tiempo, “quiere quedarse” para “despertar a los muertos y recomponer lo que se ha roto”. Pero el presente con su pasado, su devenir y desvanecer continuo sigue adelante, lo cual significa, a la vez, que sigue hacia atrás, pues el “futuro” se encuentra detrás del ángel que le “da la espalda”. Éste es llevado contra su voluntad, mediante el ven-

daval que llega del paraíso, hacia atrás, esto es, hacia el futuro que queda completamente fuera del campo visual.

Mas, ¿qué es ese futuro que no se puede ver? Al revelarnos que el viento, una fuerza ciega e incontrolable que nos empuja hacia una dirección indeseada, no es otra cosa que el progreso, Benjamin muestra que en la concepción común del tiempo lineal progresivo, el futuro no es más que una mera promesa vacía refutada constantemente por la historia. Pero para verlo hay que salirse fuera de la lógica del tiempo lineal y sus promesas de progreso. Hay que dar la vuelta, como el ángel de la historia, y mirar hacia aquello que se tiene enfrente, delante de los ojos; ahí está todo lo que el tiempo ofrece: sus apariciones y desapariciones. No hay más que abrir los ojos.

Volvamos a la actualidad en Colombia, donde la escisión entre pasado, presente y futuro resulta todavía menos factible que en países donde es *aparentemente* más fácil reconocer capítulos de la historia, sin que esto signifique que esos capítulos puedan considerarse jamás como verdaderamente cerrados. ¿Cuándo se podrá decir en Colombia que ha caído el telón de la guerra, como anunciaba el articulista de *Semana* de manera precipitada? Ciertamente, su precipitación es comprensible teniendo en cuenta la euforia que le suscitaría la firma en Cartagena de Indias de los Acuerdos de Paz entre el gobierno colombiano y las FARC-EP, realizada y celebrada unos días antes. Cuando Valencia redactó su artículo de opinión, todo el mundo esperaba la ratificación de los acuerdos a partir de la victoria del “SÍ” en el plebiscito. Pero unos días después, el 2 de octubre de 2016, el “NO” ganó con una finísima ventaja en contra de todas las expectativas. El columnista no pudo –o no quiso– cambiar el contenido de su texto tras la derrota de la campaña a favor de los acuerdos. La “derrota” de la historia, a la que se refería el artículo –un “fracaso [...] parecido a la derrota que se ve y se siente en las imágenes de la Segunda Guerra Mundial en la Europa devastada”– resultó ser una derrota *por* la historia, una historia que no se cierra y que recuerda que la memoria no es una labor retrospectiva. La derrota de la historia por la historia hace que leamos las últimas palabras del artículo, que adelantaban una visión retrospectiva a una derrota perteneciente al pasado, esto es, al desastre de una guerra de (al menos) 52 años, como advertencia prospectiva de una memoria divinatoria que tiene la capacidad de mirar a la vez al pasado, al presente y al futuro. El columnista decía al final de su artículo: “Para que las generaciones venideras se miren todos los días en el espejo roto de este desastre y no se atrevan a levantar las armas y a cantar de nuevo himnos de guerra”.

La derrota que el artículo nombra en su título y en su texto haciendo referencia explícita a los desastres de la Segunda Guerra Mundial, los cuales compara con los desastres de la guerra en Colombia, es una derrota que da muchas vueltas invirtiendo situaciones y tiempos. Pues la derrota que se asoma en los relatos y las imágenes del sufrimiento del conflicto bélico es al mismo tiempo la derrota que vivieron tras el plebiscito todos los que habían estado a favor de la ratificación de los Acuerdos de Paz. Es una doble derrota –del pasado y del presente– pero que puede en todo momento del presente-futuro invertirse de nuevo. Confrontándose a los retos de la derrota, renunciando a cánticos de victoria que parten de una postura excluyente y una concepción lineal, irreversible del tiempo,

la derrota puede ser derrotada, como muestra la concesión del Premio Nobel de la Paz al presidente colombiano, Juan Manuel Santos. El presente está abierto, y así lo están la experiencia y la memoria tras la aprobación por parte del Senado de Colombia de la proposición para refrendar el nuevo acuerdo de paz entre el Gobierno de Santos y las FARC-EP, que se firmó el 24 de noviembre de 2016 en el Teatro Colón de Bogotá y que se ratificó en el Congreso de Colombia el 30 de noviembre de 2016.

3. Retos de una memoria del presente

El trabajo de la memoria que se produce –o bien al que se aspira– hoy en día en Colombia muestra de manera paradigmática en qué consiste el cambio de perspectiva que se está dando en estos años en muchos países en relación con la idea de la memoria y la respectiva “cultura de la memoria”. Se están proyectando, planeando y creando museos y centros que ya no tratan la memoria como algo que se dirige a un tiempo pasado en el sentido de algo más o menos “concluido”, sino como algo que atraviesa los tiempos y afecta en este sentido directamente el presente y con ello el futuro. Consecuentemente la memoria ya no se vincula sólo con el doble mensaje tradicional ligado a una mirada retrospectiva: por un lado, con el mensaje conmemorativo que se refiere al deber de recordar algo o alguien que ya no está, y por otro lado, con el mensaje admonitorio de la “no-repetición”. Hoy en día, la memoria se vincula también de manera explícita con valores humanos universales y el objetivo de respetarlos, conservarlos y protegerlos. En este sentido en muchos países la cultura de la memoria ha hecho en los últimos años diferentes alianzas con valores éticos como la paz, los derechos humanos o la no-violencia, y también con valores políticos como la democracia.

Fuera de Colombia encontramos este enfoque, por ejemplo, en el *Instituto de la Memoria, la Convivencia y los Derechos Humanos (Gogora)* en Bilbao, creado en 2015 con el mandato del Parlamento Vasco en España para coordinar la política pública de memoria, que se concreta en las funciones de conmemoración, conservación, investigación, formación, participación, integración y consulta. Otro ejemplo todavía más claro que encontramos también en España es el *Centro Nacional para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo*, constituido por el Gobierno Nacional, que tiene como objetivo “preservar y difundir los valores democráticos y éticos que encarnan las víctimas del terrorismo, construir la memoria colectiva de las víctimas y concienciar al conjunto de la población para la defensa de la libertad, de los derechos humanos y contra el terrorismo”, según reza el artículo 57 de la Ley 29 del 2011 (Fundación Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo 2016, 12). En el mismo año se sentaron también en Colombia los cimientos para la memoria y los derechos de las víctimas. El *Museo Casa de la Memoria* en Medellín se creó gracias al Decreto n° 4803 del 20.12.2011 del Ministerio de Justicia y del Derecho, por el cual se establecía la estructura de un *Centro de Memoria Histórica* para “reunir y recuperar todo el material documental, testimonios orales y por cualquier otro medio relativo a las violaciones de que trata el artículo 147 de la Ley 1448 de 2011 [Ley de Víctimas y Restitu-

ción de Tierras en Colombia]” (cf. Centro de Memoria Histórica). Tal y como se puede leer en la página web del centro, la información recogida debía ser “puesta a disposición de los interesados, de los investigadores y ciudadanos mediante actividades museísticas, pedagógicas y cuantas sean necesarias para proporcionar y enriquecer el conocimiento de la historia política y social de Colombia”.

Colombia parece hallarse actualmente en una situación política propicia para hacer memoria al haberse creado en los últimos años las condiciones y los medios necesarios para el establecimiento y fomento de lo que suele denominarse con más o menos claridad como “memoria histórica”. Pero al mismo tiempo la situación actual supone también un gran reto para esfuerzos e iniciativas que no se conformen con representar una pluralidad de historias, sino que se propongan también actuar. Con ello se abriría el escenario de una memoria crítica y reivindicativa que apunta a una “justicia anamnética”, como la llama Reyes Mate. Por eso, si hemos dicho antes que la memoria en Colombia –como en cualquier lugar– no es “cosa del pasado”, hay que añadir que esta afirmación tiene varios sentidos. También hay que especificar que cuando se habla aquí de memoria, se suele asociar en primer lugar el sufrimiento y daño causado por la violencia, guerra e injusticia. Se piensa en vidas dañadas cuyo dolor y sufrimiento siguen teniendo una fuerte presencia y gran vigencia en nuestros días, sea porque los efectos negativos de las atrocidades cometidas en los últimos años o en las últimas décadas persisten hasta hoy a nivel físico, emocional, psíquico, material o social, o sea porque permanece el peligro y la amenaza de nuevos daños y sufrimientos. Esta situación hace que el trabajo de la memoria en Colombia responda –o deba responder– a muchas necesidades diferentes, las cuales corresponden a los diferentes sentidos en los que ha de entenderse la afirmación de que la memoria no es “cosa del pasado”.

En primer lugar está la necesidad de superar el bloqueo emocional y psicológico que produce el sufrimiento. El sentido del trabajo de la memoria se halla en este contexto en hacer duelo y ayudar a recuperar el equilibrio emocional, la autoestima y la esperanza. Ligado al daño padecido y a la posibilidad de volver a sufrirlo está el miedo, cuya superación es otra de las necesidades primordiales a las que debe responder una memoria reparadora. En este punto es donde el trabajo de la memoria debe trascender el ámbito individual para mostrar vías y formas de diálogo, confianza, solidaridad y apoyo mutuo.

Pero la memoria puede tener sentido y actuar a un nivel todavía más básico, atendiendo a la necesidad del ser humano de conservar o obtener derechos fundamentales, como el derecho a la integridad física, psíquica y moral, así como el derecho a morar, esto es, a no ser desplazado a la fuerza de su tierra y hogar. La labor de la memoria anamnética en este contexto es protectora. En un país como Colombia, con tantos crímenes y asesinatos presentes y pasados que han quedado impunes y sin esclarecer, la memoria histórica debe responder también a la necesidad –y al derecho– de las víctimas de saber qué pasó, de encontrar a los muertos y en muchos casos de librarlos a ellos –y también a sí mismas– de la difamación injusta que a menudo proviene de la sociedad.

Respondiendo a la necesidad de una vida y convivencia en paz, el trabajo de la memoria puede consistir, además, en esclarecer acontecimientos, situaciones, causas y trasfondos de la violación de derechos humanos. Ante la necesidad del ser humano de saber los propios orígenes y de construir su propia identidad, la memoria puede ayudar a conocer la historia de uno mismo, así como el contexto y los procesos históricos, tanto privados como sociales, que han marcado la propia vida y la de los contemporáneos o antecesores.

Desde luego la memoria no se limita sólo a los derechos y las necesidades del ser humano; también puede considerar la necesidad de preservar y proteger la naturaleza, el medio ambiente, los recursos naturales de la tierra. Su función aquí puede consistir en ayudar a reconocer, perseguir y prevenir daños y crímenes contra la naturaleza. En un sentido prospectivo, la memoria puede responder también a la necesidad de crear mejores condiciones de vida y asegurar la convivencia pacífica del ser humano en el futuro.

4. Paradojas y peligros

Una memoria que no se concibe como meramente retrospectiva, sino como crítica, reparadora, reivindicativa y productiva en el presente, y abierta al futuro, no puede limitarse a representar lugares, situaciones, acontecimientos o periodos de algún tiempo. Tiene que evocar, más bien, una comprensión y una experiencia viva, que sean capaces de generar otras experiencias, reflexiones y representaciones abiertas y dinámicas. Desde luego, los retos no son los mismos cuando se intenta hacer memoria de algo que pasó hace muchas décadas y que puede dar la sensación de “pertener” al pasado, que cuando la memoria se refiere a algo reciente o incluso todavía vigente y abierto. En todo caso hay que afirmar que la memoria convertida en cultura se enfrenta con una paradoja. Consiste en que cuanto más decididamente y terminantemente se quiera implantar el recuerdo en la sociedad, más se provoca el olvido. Al destino indeseado del olvido apuntó en los años 70 del siglo pasado Reinhard Koselleck, cuando afirmaba que “[m]onumentos orientados hacia la permanencia lo que más testimonian es la transitoriedad” (Koselleck 1979, 257, la traducción es mía). En un sentido parecido y refiriéndose en concreto a la sociedad de consumo de la época contemporánea, James E. Young sostuvo 14 años después que

[e]n esta era de producción masiva de memoria y consumo parece haber, de hecho, una relación inversa entre la conmemoración del pasado y su contemplación y estudio. Pues una vez que hemos asignado a la memoria una forma monumental, hemos traspasado hasta cierto punto la obligación de recordar. Al asumir el trabajo de la memoria, los monumentos deben librar a los contempladores de su carga de la memoria. (Young 1992, 5, la traducción es mía)

En efecto, la pérdida de la memoria no se debe necesariamente a una falta de voluntad de recordar. A veces es precisamente el resultado indeseado de la voluntad excesiva de recordar, sobre todo cuando ésta reclama una exclusividad para la memoria. En general se puede constatar

que toda cultura que selecciona, fija y generaliza determinadas imágenes e historias con el fin de proporcionar referentes claros para la memoria, parte de un determinado marco referencial que proporciona las pautas para decidir lo que va a formar parte de la memoria colectiva y lo que se excluye de la misma. La memoria colectiva que se cultiva así en el presente y a través de las generaciones, por tanto, no sólo abraza el recuerdo sino también el olvido. En este contexto no se pueden negar los problemas y hasta los peligros que provienen de un recordar voluntario cuando procede de manera selectiva y provoca un olvido premeditado. Lleva, pues, a la parcialidad y finalmente a la manipulación de la memoria. He aquí la razón por la que algunos críticos cuestionan en Colombia los puntos de partida y las medidas estatales en torno a lo que el discurso oficial llama “memoria de las víctimas”. Entendiendo por “víctima” una persona inocente y pasiva, que sufre daños e injusticias, e identificando la memoria de las víctimas con la memoria del conflicto armado, el discurso oficial reduce, según estos críticos, la violencia e injusticia en Colombia a una historia que excluye de la memoria los ideales, las historias, razones y propuestas sociales y políticas de todas aquellas personas que se defendieron o sublevaron con armas contra los responsables del sufrimiento y la injusticia.

En esta línea argumenta Renán Vega Cantor en su artículo “Crítica a la noción de víctima”, en el que propone sustituir el concepto de “víctima” por el de “vencido”. En su opinión, la perspectiva de los vencidos lleva a una narración completamente diferente a la que se construye cuando se reduce la historia a la dicotomía simplificadora entre víctimas y victimarios. En este sentido, Vega Cantor afirma que

[e]xiste una gran distancia entre leer la historia de Colombia a la luz de las víctimas y a la luz de los vencidos, puesto que en el primer caso desaparece el escenario conflictivo de la estructura social para convertirse en un decorado en el que no hay resistencias ni luchas, sino solo masas anónimas, pasivas y silenciosas. En esa perspectiva, la historia se reduce a una dicotomía perpetua entre víctimas y victimarios (sin ninguna distinción de antagonismos de clase), lo que conduce a que las razones de la muerte de los humildes y perseguidos sean incomprensibles, como si fueran producto de una “violencia ciega” y sin nombre. El pasado visto así está desprovisto de cualquier signo de utopía y esperanza, por parte de los que son reducidos a su condición de “víctimas”. (Vega Cantor 2016).

La perspectiva diferente de la historia, que se propone aquí, podría mostrar orígenes, causas y motivos del conflicto bélico, así como procesos históricos aún vigentes y abiertos que se obviarían en una narración centrada en una idea general de “víctima” y enfocada solo en “acontecimientos” o “capítulos” violentos de la historia. Pero cabe preguntarse también si la sustitución del concepto de “víctima” por el de “vencido” o bien de “víctima responsable”, como Vega Cantor propone en otro momento de su artículo, no conlleva, a su vez, un peligro. Podría, pues, borrar de vista toda aquella parte de la población civil que no ha participado activamente en ningún frente armado, pero que ha tenido que sufrir igualmente los efectos devastadores tanto de la guerra como de un sistema político y económico injusto. Ciertamente, la voluntad de recordar a las “víctimas” en general puede llevar a una memoria

manipuladora y al olvido cuando se usa la categoría de “víctima” para señalar una presunta identidad y sacar algún uso o provecho político de la misma, un proceder que alberga el peligro de la exclusión. La “víctima responsable”, por ejemplo, de la que habla Vega Cantor, quedaría excluida en un discurso oficial que seguramente considerará la condición de víctima incompatible con la responsabilidad o corresponsabilidad en actos violentos.

En cualquier caso, todo enfoque generalizador e identificador, que sabe de antemano en quién debe y puede pensarse cuando se recuerda a las víctimas, ya tiene una idea clara de lo que constituye una “víctima”. Esta idea, desde luego, depende de las visiones y expectativas políticas, sociales, morales, económicas, religiosas, etc. de cada comunidad. Al centrarse en ciertos criterios identificatorios, como pueden ser la “vulnerabilidad”, la integración social o la conciencia del propio sufrimiento, quedan excluidos, marginados o directamente ignorados aquellos casos que no cumplan los criterios establecidos. Los problemas y límites del uso identificador –y como tal exclusivo– de la categoría de “víctima” se muestran, por ejemplo, en el caso de niños, adolescentes o adultos reclutados a la fuerza para la guerra, o bien en el de personas que por huir y defenderse de injusticias se han visto obligados a tomar las armas. ¿A quién habrá entonces que recordar en Colombia cuando se habla de la memoria y los derechos de “las víctimas”? Parece que no hay respuesta clara a la pregunta. Tal vez aparezca de manera indirecta, aunque no sea definitiva. En todo caso habrá que centrarse más en la pregunta por las condiciones que posibilitan una memoria productiva y abierta –una memoria que no delimita de antemano su terreno y sus objetos– y menos en el problema de la identificación, clasificación o incluso jerarquización de víctimas. Lo que se propone aquí no implica que haya que rechazar rotundamente la noción de “víctima”. Se cuestiona, más bien, el uso político, manipulador y exclusivo de una categoría cuyo significado esté establecido ya de antemano.

En todo caso, la función de la memoria no sólo consiste en recordar –un recordar que ya sabe qué quiere recordar–, sino más bien en confrontar y hacer chocar una y otra vez el recuerdo con el olvido. Para promover el trabajo de la memoria no se debe negar la existencia del olvido, pues esto sólo lo consolidaría. Se debe, más bien, entender el olvido como un reto constante y tenerlo en cuenta como contraparte inevitable del recuerdo, sin la cual éste no puede surgir. En este sentido la memoria en su potencialidad propia no tiene nada que ver con una voluntad que intenta imponer mensajes predeterminados y excluyentes. El gran reto de las iniciativas que intentan promover el potencial propio de una memoria dinámica consiste en proporcionar un terreno fértil y abierto para la experiencia y ofrecer así la posibilidad de vivir el pasado como algo presente, y el presente como pasado y a la vez futuro. Esto implica, desde luego, superar la idea de la historia como una suma de acontecimientos o como un capítulo cerrado, que no atañe al presente ni al futuro. El punto esencial de toda iniciativa que se proponga estimular la memoria no puede consistir, por tanto, en representar directamente el pasado, sino más bien en evocar mediante medios o procesos representativos indirectos una experiencia temporal viva que sea capaz de hacer surgir, a

través de apariciones y desapariciones, historias abiertas que atraviesan los tiempos.

5. Rememorar en el límite

Finalmente es de nuevo Benjamin quien puede dar una clave importante para entender un procedimiento anamnético relacionado con la experiencia, que sea capaz de hacer confluír los tiempos. Su concepto fundamental de rememoración [*Eingedenken*], que desarrolló en diálogo con la concepción de memoria de Henri Bergson y del inconsciente de Sigmund Freud, apunta a un tipo de memoria que, lejos de ser simplemente reproductiva, tiene dimensiones reveladoras y productivas, así como un fuerte potencial crítico y modificador. Al encontrarse justo en el límite entre la conciencia y el inconsciente, el procedimiento de la rememoración se sitúa también en el límite entre el olvido y el recuerdo (cf. Benjamin 1991 “Zum Bilde Prousts”, 310-324). El atrevimiento de transitar los límites del conocimiento, de la conciencia y la memoria capacita para abrir, moldear, variar y modificar una historia que la razón orientada exclusivamente en el conocimiento y el recuerdo consciente toma por concluida, como resalta Benjamin en su Obra de Los Pasajes donde sostiene: “Lo que la ciencia ha ‘comprobado’, lo puede modificar la rememoración. La rememoración puede hacer de lo inconcluso (la dicha) algo concluido y de lo concluido (el sufrimiento) algo inconcluso.” (Benjamin 1991 “Das Passagen-Werk”, 589, la traducción es mía)

La idea del *Eingedenken* proporciona un enfoque valioso para toda iniciativa que intente hacer memoria en un sentido que no sea meramente retrospectivo. Lo que persigue la rememoración no se encuentra en un contenido llamado “recuerdo” que pueda fijarse, preservarse y reproducirse siempre igual, sino en la plenitud, pluralidad y variabilidad de la vida que transcurre en y con el tiempo. La concepción abierta de la memoria, que está a la base de esta búsqueda, ayuda a enfrentarse al dilema del tiempo que la cultura de la memoria evoca a menudo y que enlaza con la paradoja antes mencionada en relación con la voluntad excesiva y exclusiva de recordar. Se trata de la dificultad profunda que se presenta cuando se pretende fijar el recuerdo obviando el presente continuo, imprevisible y heterogéneo en el que se realiza la vida y la experiencia. Resulta que cuanto más se intenta fijar el recuerdo y hacerlo inmutable para que el tiempo no se lo lleve, más se bloquea la posibilidad de hacer una experiencia, la cual es necesaria para estimular la facultad dinámica de la memoria. Lo mismo ocurre con la conmemoración que persigue intereses y objetivos claros y premeditados. Frente a la voluntad tendenciosa de recordar, que finalmente lleva más a la manipulación y a la propaganda que a la estimulación de una memoria viva, habría que plantear y desarrollar una concepción de un recordar involuntario que, al ignorar objetivos preestablecidos, pueda abrir un espacio fértil para una manera más productiva de tratar el pasado. Al mismo tiempo habría que abrir el terreno a la multiplicidad de voces, formaciones y caminos que puedan provenir tanto de producciones artísticas y centros, museos o lugares de la memoria, como de iniciativas populares, en vez de esperar que un determinado lugar, un solo monumento, una determinada expresión estética o

forma artística sea capaz de asumir toda la responsabilidad de la memoria. El reto consiste, en todo caso, en encontrar formas de estimular el trabajo de la memoria, que despierten tanto el espíritu crítico como la capacidad de hacer experiencias. De esta base dinámica y abierta, crítica y productiva debe partir todo trabajo de la memoria, ya sea para recordar, narrar y representar, o bien para reparar, actuar y reivindicar.

Bibliografía

- Alonso, Martín (coord.). 2012. *El lugar de la memoria. La huella del mal como pedagogía democrática*. Bilbao: Bakeaz.
- Benjamin, Walter. 1991. *Gesammelte Schriften*. Ed. Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser, Francfort del Meno: Suhrkamp.
- , *Über einige Motive bei Baudelaire*, vol. I, nº 2: 605-653.
- , *Über den Begriff der Geschichte*, vol. I, nº 2: 691-704.
- , *Zum Bilde Prousts*, vol. II, nº 1, pp. 310-324.
- , *Eduard Fuchs, der Sammler und der Historiker*, vol. II, nº 2: 465-505.
- , *Das Passagen-Werk*, vol. V, nº 1.
- Bergson, Henri. 2013. *Materia y memoria*. Buenos Aires: Cactus.
- Bergson, Henri. 1959. *L'Évolution créatrice*. París: Les Presses universitaires de France.
- Bergson, Henri. 1968. *Durée et simultanéité*, à propos de la théorie d'Einstein. París: Les Presses universitaires de France.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. 2016. *La memoria una aliada para la paz*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Centro Nacional de Memoria Histórica, *Ley de Víctimas y Restitución de Tierras en Colombia. Por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones*. Visita a la página web 25.11.2016. http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/ley_victimas/ley_victimas_completa_web.pdf.
- De Hipona, Agustín. 2011. *Qué es el tiempo. Libro XI de las Confesiones*. Ed. bilingüe y trad. de Agustín Corti, Madrid: Trotta.
- Fundación Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo. 2016. “Balance del terrorismo en España 2015”. *Cuadernos del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo* 1.
- Koselleck, Reinhart. 1979. “Kriegerdenkmale als Identitätsstiftungen der Überlebenden”. En Odo Marquard y Karlheinz Stierle (eds), *Identität. Poetik und Hermeneutik VIII*. München: Wilhelm Fink, 247-276.
- Reyes Mate, Manuel. 2006. *Medianoche en la historia: comentarios a la tesis de Walter Benjamin “Sobre el concepto de historia”*. Madrid: Trotta.
- Reyes Mate, Manuel. 2008. *La herencia del olvido: Ensayos en torno a la razón compasiva*. Madrid: Errata naturae.
- Museo Casa de la Memoria. 2015. *Memoria*. Medellín: Museo Casa de la Memoria / Alcaldía de Medellín.
- Valencia, León. 2016. “La derrota”, *Semana* 1796, 3 de octubre: 68.
- Vega Cantor, Renán. 2016. “Crítica a la noción de víctima”. En *El colectivo: comunicación popular*, última visita a la página web 31.12.2016. <https://elcolectivocomunicacion.wordpress.com/2016/12/16/critica-a-la-nocion-de-victima/>
- Von Weizsäcker, Richard. 1985. “Gedenkveranstaltung im Plenarsaal des Deutschen Bundestages zum 40. Jahrestag des Endes des Zweiten Weltkrieges in Europa”, Bonn 8 de mayo de 1985, página web visitada el 20 de octubre de 2016. http://www.bundespraesident.de/SharedDocs/Reden/DE/Richard-von-Weizsaecker/Reden/1985/05/19850508_Rede.html
- Young, James E. 1992. “The Counter-Monument: Memory Against Itself in Germany Today”. *Critical Inquiry* 2: 267-286.

Notas

¹ El artículo fue escrito a finales de 2016. Desde entonces, la situación en Colombia ha dado nuevas vueltas las condiciones para la paz y el trabajo de la memoria han vuelto a cambiar. Esta publicación presenta resultados de la investigación que la autora lleva a cabo en el marco del Proyecto de I+D “Sufrimiento social y condición de víctima: dimensiones epistémicas, sociales, políticas y estéticas” (FFI2015-69733-P), financiado en España por el Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia. Asimismo presenta resultados del proyecto de investigación, que la autora lleva a cabo como investigadora principal, “El trabajo de la memoria entre la

representación y la experiencia. Fundamentos epistemológicos y alcance de los procesos estéticos en perspectiva intercultural", financiado por el Comité para el Desarrollo de la Investigación (CODI) de la Universidad de Antioquia, Medellín (Colombia).